



## PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

LUNES 15 DE DICIEMBRE DE 1873.

NÚM. 139.

El fundador y Director de La Luz y pastor de la iglesia de la Madera Baja, Sr. D. Antonio Carrasco ha muerto, y ha muerto de la manera más trágica del mundo. Cuando volvía a su casa lleno de esperanza y de vida del viaje que había hecho a New-York, como representante de la Alianza Evangélica; cuando le faltaban pocos días para abrazar a su hijo que aún no conocía, nacido durante su ausencia; cuando iba a volver a ver la hermosa madre patria de cielo claro y sonriente, que echaba de menos en sus cartas, uno de esos terribles siniestros que tan comunes son en los mares, destrozó el buque en que venía y las olas devoraron una infinidad de vidas. Ha muerto el amigo, el periodista, el orador, el pastor, el cristiano; ha muerto una de las mejores inteligencias y uno de los mejores corazones del naciente protestantismo español. Cuando aún estamos, por decirlo así, en la época heroica del protestantismo de nuestros días y todo se vuelven combates y controversias, uno de los mejores talentos de éste desaparece y una de las más firmes voluntades se concluye. Lloremos esta pérdida; llorémosla de todo corazón; los que le conocíamos, los que le tratábamos diariamente, no podremos olvidar nunca aquella serenidad permanente suya, aquella igualdad de carácter continua, aquella benevolencia eterna y aquel deseo de no herir a nadie en lo más mínimo; el protestantismo español ha perdido el mejor de sus hombres. En el Océano reposa aquel que despertó tantas simpatías y que escitó tantas admiraciones. No hay que ponerlo en duda, el hueco que él deja se llenará difícilmente. Tenía cualidades especiales que no las pueden tener la mayoría de los que se consagran a la obra cristiana, bien por la forma en que han hecho sus estudios, bien por haber vivido largos años en las tinieblas del catolicismo. La encarnación, la genuina encarnación, el eterno tipo de cómo debía ser el pastor y el protestante español, era él. Podrá haber hombres más sábios, podrá haber inteligencias más vastas y sintéticas que la suya al servicio de la idea cristiana en España, pero aquel justo medio que él poseía, aquella independencia española unida a aquel cristianismo suizo que le era peculiar, aquel conjunto de prendas españolas y conocimientos extranjeros son muy pocos los que los poseen, quizá ninguno. La causa del protestantismo español no ha muerto con él porque la causa es de Dios y Él se cuida de llevarla adelante; pero lo cierto es

que con él ha perecido uno de los medios más poderosos de acción y de propaganda que la Providencia había puesto en esta tierra de España para su conversión y evangelización.

Nosotros le lloramos diariamente y le lloraremos siempre. Su palabra entera y varonil ya no resonará en la cátedra del Espíritu Santo, en los meetings abolicionistas, ni en las conferencias que en otro tiempo solía hacer sobre diferentes puntos de doctrina y de controversia. Su pluma no refutará los errores del catolicismo. Aquella mano que la sostenía yace dormida é inerte en el fondo del Océano implacable. Nada queda de él más que su recuerdo y sus obras. Se ha llevado consigo las simpatías de todos sus admiradores. En el fondo de la tumba donde duerme, oír cantar sus alabanzas a aquellos a quienes ha estado haciendo tanto bien por espacio de tantos años. Como las olas movibles no consienten epitafio, el suyo será el recuerdo imperecedero de él que vivirá en todos los corazones.

Nuestro periódico se queda huérfano de su tutela: nosotros sin el mejor de los amigos. Aunque escribía poco en él en los últimos tiempos, él le revisaba y siempre encontraba algún nuevo pensamiento que añadir a los pensamientos de cada uno. Vigilaba, dirigía. Era afable como todos los caracteres dulces y sabía perdonar cuando era menester, cosa que no consiente la virtud áspera y rígida de ciertos cristianos que nos rodean. Y sabía ser severo cuando la necesidad lo exigía. Ha muerto trágicamente. El desastre en que ha perecido ha sido tan grande como el carácter que nos ha arrebatado.

La paz de los justos se habrá abierto para él. Ya habrá llegado a las mansiones del reposo y de la tranquilidad eterna. Dios ha permitido que quedemos en la brecha, al pie del cañón, dispuestos a seguir peleando contra el enemigo. La hora es buena. La muerte del mejor de entre nosotros no nos ha de apartar de la santa cruzada que venimos haciendo hace tiempo en favor de la luz y de Jesucristo. Por su memoria querida, por el recuerdo del que ya no vive, prometemos seguir firmes en nuestros puestos. Jesucristo nos enviará auxilios desde el cielo y su causa se seguirá adelante. Luchemos pensando en Él y en el muerto, y venceremos.

### D. ANTONIO CARRASCO.

D. Antonio Carrasco nació en Málaga. Sus padres, que aún viven, pertenecían y pertenecen a una de las más modestas clases sociales. Hizo algunos estudios en el seminario, revelando en ellos su precoz entendimiento, estudios que abandonó bien pronto: el Sr. D. José Gonzalez, antiguo obrero del cristianismo español, le conoció y fué el primero, ó de los primeros al menos que le hablaron de cristianismo. De allí a poco operóse su total conversión y empezó a trabajar en la obra del Evangelio. A los 15 días de ella tuvo un culto ya y predicó por vez primera en casa de D. Antonio Marin, calle de la Victoria, en Málaga. Allí demostró su facilidad en el hablar. Carecía entonces de los precisos conocimientos para dirigirse a un auditorio entendido y numeroso; pero sobrábale ya fe, entusiasmo y ardor por la santa causa de Jesucristo. A poco de este suceso nombrósele ya vocal del Comité que dirigía ocultamente los trabajos evangélicos en Málaga, porque sabido es que en aquella época uno de los crímenes más imperdonables era hablar del protestantismo ó dar una Biblia cristiana a cualquiera. Fué comisionado a poco por el referido Comité para que fuese a Gibraltar a conferenciar con el pastor Sr. Ruet sobre asuntos de las iglesias y para que introdujera en España, de la mejor manera que le fuera posible, una cantidad de Biblias y de Nuevos Testamentos, existentes en aquella ciudad con destino a la Península.

Sorprendió el Gobierno algunas cartas de la correspondencia que Matamoros sostenía sobre la obra evangélica de España con algunos Comités y algunas personas notables del extranjero que protegían esta obra, y el señor Matamoros y algunos otros fueron presos. No pasó mucho tiempo en la obra emprendida por Matamoros y secundada por Carrasco, sin que los miembros de la Junta conocieran que ya no podían ellos por sí solos proseguir la obra de la predicación. A poco tiempo de esto, y a los cuatro meses de la prisión de aquel, fué preso Carrasco con Marin, Gonzalez y algún otro de Málaga. Decir la firmeza con que Carrasco sostuvo sus creencias contra los jueces encargados de condenarle más que de juzgarle, porque de nada tenían que juzgarle; manifestar la resignación con que sufrió los padecimientos de



la cárcel es excusado, pues los conocen todos aquellos que conocían al pastor de la iglesia de la Madera Baja. El general Alexander vino a España con una misión cerca del general O'Donnell para que pusiera en libertad a los presos de Granada y Málaga; contaba aquel con la oficiosidad de los embajadores de Francia, Inglaterra y Prusia, pero nada consiguió. Viendo la Alianza Evangélica de Londres que los esfuerzos del Parlamento británico donde tanto se había hablado a favor de la libertad de conciencia y en favor de los protestantes españoles presos habían sido inútiles, y que la misión del general Alexander no había logrado éxito alguno, determinó enviar a Madrid una comisión europea compuesta de algunos de los directores cristianos de Austria, Baviera, Dinamarca, Inglaterra, Francia, Holanda, Prusia, Suiza y Suecia. El martes 19 de Mayo de 1863, estaban ya en Madrid todos los individuos ingleses de la comisión, como también la mayoría de los comisionados de las otras naciones europeas. Dos de los comisionados tuvieron una entrevista con el duque de Montpensier sobre la mejor manera de acercarse a la Reina para que tuviera algún fruto su cometido. Decidieron los comisionados pedirle una audiencia por mediación del mayordomo mayor de palacio, y el mismo día en que iban a hacerlo pudieron leer en *La Correspondencia* la noticia de que el Gobierno había conmutado la sentencia de Matamoros y de sus compañeros, incluso el Sr. Carrasco, en extrañamiento, por el mismo tiempo que los presos habían sido sentenciados a presidio. Esta conmutación de la pena se había acelerado con el fin de que se cumplimentase antes que se verificara la presentación a la Reina de la comisión. En fin, Carrasco y sus demás compañeros de prisión fueron puestos en Gibraltar. Allí cada uno de ellos tomó dirección distinta.

Matamoros escribía en el mes de Febrero de 1864 estas palabras sobre Carrasco: «Carrasco estudia con grandes ventajas en Ginebra, donde he conseguido mandarlo, y es feliz según me escribe.» En efecto, Carrasco empezó a estudiar teología en Ginebra, bajo el benéfico amparo de algunas personas caritativas y amantes del Evangelio, que bien pronto le tomaron cariño y simpatía. En los cursos era, si no el primero, de los primeros al menos. A Alemania hizo algunos viajes. Por fin llegó la revolución de Setiembre. Había concluido sus estudios ya, y su mejor deseo era evangelizar en su país nativo; así es que fué de los primeros que vinieron a España cuando la libertad de conciencia empezó a ser un hecho.

Al poco tiempo, en compañía de algunos hermanos del extranjero, con quien entonces estaba íntimamente unido, empezó a buscar un local para predicar públicamente el Evangelio. Hallóle en efecto, y en compañía del señor Ruet empezó sus predicaciones en la capilla abierta en la calle de Santa Catalina, primera establecida en Madrid. Al poco tiempo de haber hecho algunos discursos, las gentes empezaron a aficionarse a su manera de hablar, y empezaron a ser muchos los convertidos al Evangelio. Al poco tiempo abrió Carrasco la capilla de la Madera Baja, que ha sido por espacio de mucho tiempo el teatro de sus triunfos y el campo en que ha atraído tantos corazones al Evangelio de Jesucristo. La estrechez del espacio con que contamos, no nos permiten dar más detalles de sus trabajos en estos últimos años, bien conocidos, por otra parte, de los cris-

tianos de Madrid. Sus trabajos en este periódico, que él fundó; las predicaciones que hacía a los operarios de la misma imprenta en que se tiraba el periódico; sus grandes discursos en favor de la abolición de la esclavitud y sus esfuerzos hechos en la sociedad abolicionista; sus conferencias en la ex-capilla de la Madera Baja sobre distintos puntos de doctrina; sus hojas sueltas, de las que de alguna de ellas se han tirado miles de miles de ejemplares, harán que se le recuerde siempre como uno de los grandes medios que la Providencia había puesto en este país para evangelizarle.

Ha muerto a los 31 años de edad, cuando podía haber trabajado aun 25 ó 30 años en favor de la causa cristiana española. ¡Inescrutables designios de la Providencia que debemos acatar y adorar!

### EL NAUFRAGIO DE LA «VILLE DU HAVRE.»

Los detalles que se reciben sobre esta espantosa catástrofe son terribles.

El abordaje tuvo lugar a 1.300 millas de las costas de Francia. Había a bordo 313 personas; han perecido 226.

El paquebot había partido de New-York el 15 Noviembre con un tiempo magnífico. Asistía a la partida del buque, sobre el muelle, un gentío considerable. El lunes por la tarde estalló una tempestad bastante violenta; al día siguiente el paquebot sufrió otra que le estropeó un ala de su hélice. Desde este instante el Océano se cubrió de una intensa bruma; durante tres días y tres noches el capitán no abandonó la cámara de popa. El viento calmó el jueves 20. Todo prometía seguridad.

El 22 hizo un magnífico día: la mar estaba en calma, la brisa era excelente. Venida la noche, la mayoría de los pasajeros pasaron la velada sobre el puente, en las salas de fumar y en los salones de conversacion. A las dos de la mañana todo iba bien: el segundo estaba en su cámara, el contra-maestre había tomado el cuarto. De pronto se escuchó un terrible ruido: los pasajeros se despertaron, y gritos confusos se oyen por todas partes. El capitán sube al puente: la *Ville du Havre* acababa de ser abordada por un buque de hierro, el *Lock Earn*, del puerto de Glasgow. El abordaje había tenido lugar a través de las máquinas, que inmediatamente se vieron invadidas por grandes vías de agua que no dejaban esperanza de salvación.

Al instante el puente se cubrió de marinos y pasajeros. A 200 metros el capitán del *Lock Earn* había hecho detener su buque. El navío permanecía quieto con su proa medio destrozada. La *Ville du Havre* se inclinó ligeramente: el paquebot vá a sumergirse.

El drama comienza. Muchos camarotes han sido destrozados por el choque; fragmentos de todas clases obstruyen las escotillas; terribles gritos se oyen por todas partes; el agua penetra con violencia por una abertura de muchos metros. Se arrojan a la mar las chalupas; el capitán del *Lock Earn* hace dirigir todas sus canoas al navío que se sumerge. Estos medios usados en pleno día hubieran podido servir para salvar a todos, pasajeros y tripulación. ¡Pero quién puede imaginarse el terrible desorden y las tremendas escenas que han debido tener allí lugar! Muchas personas se arrojan a la mar sin darse cuenta del sitio en que están las embarcaciones que vienen a salvarlas. Mientras que el buque oscila sobre el mar, los mástiles se rompen en mil pedazos y caen, destrozando en su caída una chalupa en que había ya más de 30 personas que hubieran podido salvarse.

El capitán, conservando toda su sangre fría, se ocupó preferentemente de las mujeres y de los niños; pero ¡cómo detener a todos los que quieren salvarse! Solo cuando el buque empezó a desapare-

cer fué cuando él con algunos hombres de la tripulación pudo ganar un bote.

Las embarcaciones de los dos navíos recorrieron el lugar del siniestro y recogieron algunas víctimas; los supervivientes fueron izados al *Lock Earn*; el capitán inglés los recogió y les prestó toda clase de auxilios y les dió seguridades diciéndoles que su buque era de hierro y estaba protegido contra el mar por el blindaje de la proa. Sus provisiones, dijo, son abundantes y le permiten hacer todas las separaciones necesarias al barco para llegar a Europa.

Una fragata americana, *Le Treemountain*, capitán William Urquart, apareció a lo lejos; llamado por las señales de socorro, recibió a su bordo a todos los que habían sobrevivido al siniestro.

¿Se debe desesperar de la salvación de todas las personas desaparecidas? Desgraciadamente, una carta dirigida al *Temps* por uno de los pasajeros de la *Ville du Havre*, deja poca esperanza. El *Tree-mountain* no dejó sobre el *Lock Earn* más que al pastor Weiss, gravemente herido, y al rector Cook.

No se tienen aún noticias del *Lock Earn*, ni de las lanchas dispersas y que otros buques han podido encontrar; pero volvemos a decirlo, los detalles suministrados al *Temps* dejan poca esperanza.

Hé aquí como se expresa su corresponsal, que describe el momento de la catástrofe:

«Sobre la popa del buque, un grupo de señoras rezan en alta voz y se despiden unas de otras; una joven de 2 años teniendo a su madre estrechamente abrazada: «Valor mamá, la dice, después de una lucha de algunos segundos, nosotras entraremos juntas en el cielo.» Cuatro niñas en la popa del paquebot, después de dirigir algunas súplicas a Dios: «Recemos, dicen, recemos aún.»

«Un sacerdote católico, olvidado del peligro y no pensando más que en su ministerio, vá de grupo en grupo, dando la absolución a aquellos que se arrepienten. ¡Cosa inaudita! nadie grita, nadie se agita: el grupo de mujeres que están rezando parece inspirar a todos la calma y la resignación.

«En fin, doce minutos después del abordaje, la proa de la nave se sumerge bajo las olas, y yo me siento hundir, hundir como en el vacío, en el abismo que con la boca abierta deja el buque tras de sí. Cómo fui yo llevado a la superficie, nunca me lo explicaré; mas, sostenido por un pedazo de madera que llegó a mis manos y que de minuto en minuto se hundía conmigo en el agua, encontré uno que nadaba sostenido por dos corchos de la *Ville du Havre*. «Tened la bondad de darme uno, le dije,» consintió, y un momento después tropecé con una balsa que había sido el techo de la cocina; tras de largos é infructuosos esfuerzos, pude subir sobre aquella, y desde allí contemplé con horror la escena que tenía lugar a mi alrededor.

«Allá bajo flota una verga a la cual están abrazadas más de 20 personas; a cada instante sus cabezas desaparecen y no quedan más que dos náufragos que salva una lancha en el momento en que sus fuerzas iban a abandonarlas. Los gritos de: «¡Salvadme, salvadme!» resuenan por todos lados: «¡padre mío! hijo mío!» Después, tras de prolongados gritos de desesperación, el silencio, interrumpido tan solo por el ruido siniestro de las olas. En fin, un bote francés me recoge y me lleva a bordo del *Lock Earn*, la fragata que nos había echado a pique.

«Allí recibimos la más bondadosa acogida por parte del capitán Robinson y sus marinos; todos se despojan para vestirnos. Nunca nuestro reconocimiento podrá igualar a los cuidados de que nos rodearon aquellos bravos marinos. La primera persona que encontré en el buque inglés, fué la madre de las cuatro niñas; ignoraba aquella completamente cómo había escapado del naufragio.

«El hecho es que la salvación de cada uno de nosotros es un milagro; casi nadie ha tenido tiempo de buscar y ponerse el cinto de salvamento; tan sólo dos ó tres personas pudieron penetrar en los botes, que la vertiginosa rapidez de la catás-



trofe impidió funcionar convenientemente. Cerca de aquella pobre madre estaba tendida una mujer que lloraba por su marido; aquel, la había sostenido sobre las olas durante largo tiempo, y en el momento en que una lancha recogía su preciosa carga, se sumergió. Al lado de aquella se hallaba la madre de la valiente joven que la exhortaba á la resignación; la pobre joven ha perecido. Dos niñas han perdido á su padre y á su madre. Un joven alsaciano que volvía á su antiguo país, después de veinte años de ausencia, ha perdido á su padre, á su madre y á su hermana; ha quedado absolutamente sólo en el mundo.

»Mientras que el capitán y la tripulación del *Lock Earn*, rivalizaban en solicitud por vestir y dar calor á los desgraciados naufragos, los botes pertenecientes á las dos embarcaciones recorrían el lugar del siniestro y recogían algunas víctimas. Véase al capitán Surmont, que permaneció sobre popa hasta el último momento, dando las órdenes para lanzar las lanchas á la mar. Veíanse también muchos bravos oficiales de la *Ville du Havre* monsieurs Garay, segundo capitán; el primer contramaestre Gaillard, comisario; los cuales no pusieron los pies á bordo del *Lock Earn* sino después de haber salvado, por medio de sus botes, numerosos naufragos y cuando estaban seguros de que ningún otro podía librarse. Aquel último, que ha recibido ya dos medallas por actos de beneficencia, no se embarcó en el bote que él mismo mandó arriar. Recogido por una lancha, concurrió á la salvación de muchos naufragos, y no subió á bordo sino uno de los últimos, abatido por el frío y la fatiga.

El pastor M. Weiss tenía una espantosa herida en la cabeza y otra en un costado. En fin, nos contamos: 28 pasajeros, 59 oficiales y marineros responden sólo á la llamada. Cada uno ha sido testigo de escenas horribles. En uno de los camarotes que ha desfondado el *Lock Earn* se encontraban dos señores; uno de ellos ha debido ser muerto; el otro se encontró sobre el puente con el cráneo partido y el cuerpo anegado en sangre. Una joven señora americana había dejado su hijo en la cama, y fué sumergida en el abismo cuando iba á buscarle. La pluma se resiste á describir los horrores de una catástrofe semejante, y todo ello en una noche clara y estrellada y con un tiempo bonancible.

El informe del capitán del *Treemountain* dice:

»El 22 de Noviembre, á los 47° 27' de longitud y 35° 50' de latitud, vimos un buque con su bauprés roto; le llamamos con la bocina y nos apercibimos que hacía señales de socorro: era el *Lock Earn*, de Glasgow; le hablamos, y el capitán me suplicó que tomase 50 pasajeros ó hombres de la tripulación de la *Ville du Havre*. Después de un momento acepté. Los naufragos fueron transportados á mi buque.

»Un sacerdote católico estaba enfermo, y se quedó á bordo del *Lock Earn*; también se quedaron algunas otras personas. Después de haber tomado á bordo á los naufragos, permanecí sobre el sitio del desastre hasta la noche, pero nada pudimos descubrir. Continuamos nuestro rumbo hacia Bristol; pero siendo el viento favorable, nos dirigimos á Cardiff, donde desembarcamos todos los naufragos. Por último, el capitán de la *Ville du Havre* tomó todas las precauciones posibles, y el desastre no puede serle imputado; todos están unánimes en los elogios que hacen de su decisión y valor.»

### MÁS DETALLES.

Nuestro amigo Mr. Flíedner nos remite los siguientes:

»Como el que firma, no solamente ha estado en íntimas relaciones con nuestro buen amigo D. Antonio Carrasco, sino que también ha tenido el triste consuelo de verle y tratarle en los últimos días de su vida por haber estado ambos en New-York, como representantes de la Iglesia Cristiana Española, cree un deber dar algunas noticias sobre los últimos días de nuestro amigo.

Las tareas de la Alianza Evangélica comenzaron el día 2 de Noviembre, pero el Sr. Carrasco, detenido en Ginebra y Holanda, no llegó hasta el día 8. Todos le esperábamos con ansia: en la mañana del 9 le ví por fin, y ayudándole en un país extranjero cuya lengua ignoraba, le proporcioné algunas cartas que habían llegado para él. Abrió pronto la primera y «amigo, tengo otro hijo,» clamó con júbilo. Recibió mi enhorabuena, bien ajeno de pensar que Dios no le permitiría ver este su último hijo aquí en la tierra.

Fué recibido en casa de una señora americana que le había conocido en España y pedido como favor especial del Comité que D. Antonio fuese su huésped.

Aunque el día en que le correspondía hablar en la Asamblea había pasado, se le proporcionó no obstante una ocasión el viernes 14 por la mañana.

Hubiese podido hablar en francés, pero prefirió hacerlo en castellano si yo me prestaba á traducirlo. Quien haya oído hablar á D. Antonio comprenderá lo difícil que era semejante tarea. Sin embargo, quise complacerle por dar gusto á aquella gran Asamblea en oír á nuestro amigo hablar en la bella lengua de su patria, con el fuego de su energía y el brillo de su elocuencia. El aplauso fué grande; la impresión en la Asamblea, mayor. Y si el Sr. Carrasco á causa del estado anormal en que se hallaba América por la crisis monetaria, no pudo realizar todas sus esperanzas, sin embargo, ha encendido en muchos amigos cristianos de aquel país, el interés por la obra evangélica de su patria y el deseo de ayudarle.

Concluida la Asamblea, los delegados extranjeros fueron conducidos en un tren especial á Washington para ser presentados al Presidente de los Estados-Unidos. Como ya antes habíamos convenido, íbamos juntos en el mismo coche para conferenciar sobre nuestros asuntos. De estas horas de viaje en unión con mi querido amigo, siempre conservaré el más grato recuerdo. Su amabilidad igualaba á su franqueza. Un predicador del Evangelio como él, cuya tarea más preciosa era invitar á los pecadores á procurar la salvación, no quería ser considerado como si estuviese sin mancha alguna. En estas conversaciones, él era el primero en confesar los puntos en que creía haber faltado y en prometer remediarlos. Y con esta franqueza de amigos cristianos, propia de su carácter, nos entendimos sobre todos los puntos donde tal vez antes habían existido diferencias, prometiéndonos al volver á España trabajar con más celo, con mayor unión, con más cuidado. Nunca me ha tratado de otro modo que como amigo; siempre le he querido mucho, pero en estas últimas semanas no había entre nosotros ni sombra de diferencia. Y nunca su carácter leal, franco, amable y sincero me había hecho tanta impresión.

Su compañero inseparable era su amigo el catedrático de teología de Ginebra, Pronier. Ni tampoco han sido separados en la muerte. Juntos hacían algunos viajes en los Estados-Unidos, y Carrasco se veía obligado á hablar algunas veces, y siempre con el mismo éxito. El día antes de mi salida, y cuando me disponía para ir á verle y despedirme de él, entró en mi casa, siendo esta la última vez que le hablé. Como la obra del Señor en España ha sido el objeto de todas sus fuerzas y el afán de toda su vida, lo era también en esta última conversación.

A los dos nos fué muy sensible no poder salir juntos; pero como tenía que detenerme en el camino, esperábamos llegar á un tiempo á España. Por fin me dijo: «pues, amigo, si yo llego antes saludaré á su familia; y si Vd. arriba con anticipación á mí, salude á la mía.» Tales fueron sus últimas palabras.

Empero la voluntad de Dios ha quitado de entre nosotros el más útil obrero suyo en España y ha permitido volver al otro. Dios no tiene necesidad de ningún hombre. Su obra en la tierra no puede perecer aunque llame á sus obreros fieles uno tras otro al cielo.

En el mismo buque iban con Carrasco su amigo Pronier y otros tres diputados de la Alianza Evangélica, estos tres de París. Ellos se han salvado, aunque uno de ellos, íntimo amigo mío, el pastor Weiss, ha salido gravemente lesionado y ha tenido que volver á América. Todavía no se sabe si ha llegado.»

Añadimos la narración del naufragio según nuestro amigo el pastor Lorriau lo ha descrito. Es uno de los tres franceses que se han salvado:

«El grandioso vapor trasatlántico, correo francés, la *Ville du Havre*, se ha sumergido en las aguas del Océano á las dos de la madrugada del 21 al 22 de Noviembre próximo pasado, á 1.300 millas de las costas de Francia. Eramos 313, de los cuales 226 han perecido desgraciadamente. Había entre oficiales y marineros 172; pasajeros de 1.ª clase, 89; de 2.ª, 19; de 3.ª, 27; gratuitos, 6. Total, 313.

Los que se han podido salvar, son: oficiales, 6; marineros y asistentes, 53; pasajeros de 1.ª clase, 23; de 2.ª, 1; de 3.ª, 3; gratuitos, 1. Total salvados, 87.

De los viajeros salvados, son: señoras, 10; caballeros, 17, y una niña de nueve años.

Cuanto escribo es la realidad de lo acontecido, y sin embargo, me creo el juguete de un terrible delirio; me parece que voy á despertar de un largo letargo y que veré de nuevo á mis queridos compañeros de viaje. Mas no; es mi ilusión la que me hace concebir tan halagüeña esperanza. ¡Ah! En el camarote del capitán se oyen tristes ayes y profundos gemidos; son las madres desoladas cuyos hijos ya no existen; viudas que lloran á sus maridos; tristes lamentos de huérfanos que no verán ya más á sus padres. ¡Ah! La mar ha tragado á todos los seres queridos de los que han quedado solo para llorar. ¡Oh dolor! Ya no existen en la tierra; el Océano es su sepultura.

Con un tiempo magnífico, salimos de New-York el 15 de Noviembre. Muchos amigos desde el muelle, agitando sus pañuelos, nos auguraban un buen viaje. Llegado el lunes (17) por la noche, nos sorprende un violento huracán. Apenas vueltos del susto del primer huracán, al día siguiente experimentamos otro más violento, el cual se lleva un ala de nuestro hélice.

Desde este instante una densa niebla cubría todo el Océano, y durante tres días con sus noches el intrépido capitán del buque, Sr. Surmont, no abandona para nada su puesto.

El jueves 20, despejándose el cielo, se calmó el viento; y tranquilos todos, vimos á las criaturas que, tomando sus juguetes, se entretenían sobre cubierta; todo respiraba el gozo y la seguridad.

El viernes se presentó también hermoso hasta las once de la noche; muchos caballeros paseaban tranquilos sobre cubierta. A media noche, un aficionado á la música tocaba en el piano el último pensamiento de Weber.

A las dos de la madrugada un violento choque hace bambolear el vapor y pone en consternación á todos cuantos estábamos en el buque. Todo el mundo se levanta de su sitio; quién procura vestirse; quién corre en busca de los suyos; quién se lanza sobre cubierta. Todos se preguntan: ¿qué ha sucedido? Quién dice, nada. Otros, un terrible abordaje. Al momento se llenó la cubierta de pasajeros y de marineros. Una formidable mole se nos presenta á la distancia de 200 metros, firme y como estupefacta de lo que había hecho. Era un buque de tres palos, el *Lock Earn*, con su proa levantada. La *Ville du Havre* se inclina ligeramente. ¿Vamos á perecer?

Un muchacho del buque y yo acompañamos á una señora cuyos cuatro hijos estaban en la cámara.

A mitad del estrecho camino, á estribor del buque, se veían escombros de todas clases y dimensiones impidiéndonos el paso; muchos camarotes habían sido hechos astillas á causa del terrible choque, y gritos desgarradores salen de entre las ruinas; este es el preludio del terrible drama.

El buque había recibido el choque á estribor, por la quilla del *Lock Earn*, y hacia agua precipita-



damente por una abertura de algunos metros. Después de muchos rodeos, por fin llegamos al camarote donde estaban los pobres niños, los cuales se vestían tranquilamente. Tomarlos y trasladarlos sobre cubierta fué obra de un momento.

Allí se nos presentan escenas dolorosas que nos dejan aterrados. El buque oscilaba sobre las aguas; los palos se caían hechos mil astillas, y al caer destruyen una lancha, en la cual había más de 30 personas que iban en busca de su salvación.

Por todos lados se ven caer muchísimas víctimas.

En un extremo del buque, un grupo de señoras está orando en alta voz, dándose el último adiós con lágrimas; una jovencita abrazada con su madre, la anima diciéndola: «Animo, mamá, que después de algunos segundos de lucha, juntas entraremos en el cielo.» Las criaturas que habían sacado del camarote, después de algunas palabras de súplica á Dios, decían: «Oremos, oremos todavía.»

Un eclesiástico católico, despreciando el peligro y no teniendo más mira que cumplir con su ministerio, recorre los grupos dando la absolución á cuantos se arrepienten de sus pecados. Cosa extraña; nadie grita, ni desespera: las señoras que en un grupo estaban orando, parece que inspiran la calma y la resignación.

¡Fatalidad! Cerca de 12 minutos después del terrible choque, se hunde el delantero del buque y me siento descender al vacío y llevado por la espuma que el buque deja tras sí. ¿Cómo fué que después me encontré en la superficie del agua? No puedo decirlo, ni me lo podré explicar jamás; solo sé que sostenido por un pedazo de madera que por momentos se hundía conmigo, se me presentó por delante un nadador apoyado en dos boyas de la *Ville du Havre*. Le pedí una, me la dió, y un momento después se me presenta un objeto, que después ví era el techo de la cocina del buque, y con gran esfuerzo pude colocarme encima, desde donde contemplé horrorizado la terrible escena que pasaba á mi alrededor.

A un lado ví flotar un palo en el que estaban apoyadas más de 20 personas; á cada instante veo desaparecer cabezas de seres que van en busca de su sepulcro al abismo; por último, ya no veo más que á dos naufragos á quienes salva una lancha en el momento en que ya les faltaban las fuerzas.

Por todos lados se oían los gritos desesperados de «¡salvadme! ¡salvadme!» «¡Ay, padre mío! ¡Hijos míos!» ¡Ahl después de prolongados gritos de angustia, es el silencio de la muerte sólo interrumpido por el áspero roce de las olas.

Por fin, una lancha francesa me recoge y transporta al *Lock Earn* que nos hundió. Fuimos acogidos por el capitán Robinson y por toda la tripulación con mucho cariño y cordialidad. Todos se desnudaban para vestirnos. Nunca podremos agradecer lo suficiente los cuidados de que hemos sido objeto por parte de estos piadosos y humanitarios marinos.

La primera persona que se me presentó delante en la cámara del buque hospitalario, fué la madre de las criaturas de que he hablado antes; ella ignoraba cómo había podido salvarse; es un hecho que la salvación de cada uno de nosotros puede considerarse como un milagro patente; casi nadie ha tenido tiempo para buscar el salva-vidas, y solo dos ó tres han podido instalarse en las lanchas, á quienes la rapidez de la catástrofe impidió maniobrar de un modo conveniente.

Al lado de la desconsolada madre de los niños que han perecido, está tendida una pobre y desconsolada señora que llora amargamente la pérdida de su esposo; él la había sostenido á flor de agua durante mucho tiempo, y en el momento en que deposita en una lancha su precioso cargamento, el infeliz desaparece entre las olas; ¡ya no existe! A su lado se halla la afligidísima madre de aquella jovencita que la excitaba á tener ánimo y á la resignación. ¡Pobre hija! ha perecido. Dos señoritas no tienen consuelo por la pérdida de sus padres. Un joven de Alsacia que volvía con sus padres á visitar su país después de veinte años de ausencia,

llora la pérdida de ellos y de su hermana: ¡el infeliz está solo en el mundo!

Mientras que el capitán y tripulación del *Lock Earn* rivalizaban en procurar vestir y calentar á los naufragos, lanchas pertenecientes á ambos buques recorrían el lugar del naufragio y conducían algunas víctimas á aquel. Entre ellas se presentó el capitán Surmont que se mantuvo sobre el puente hasta el último momento, dando órdenes para que se echaran al agua las lanchas. Le acompañaban varios de los intrépidos oficiales de la *Ville du Havre*, señores Garay, segundo capitán; primer lugar-teniente, Gaillard; Vié, comisario; no poniendo los pies en el *Lock Earn* hasta después de haber salvado por medio de lanchas á muchos naufragos y hasta después de haberse convencido tristemente de que nada quedaba que salvar. El último, que se halla condecorado con dos medallas por actos de valor y de humanidad, no quiso embarcarse en la lancha que él mismo mandó echar al mar para salvar á otros. Recogido por una embarcación, contribuyó á la salvación de muchos, y no ha subido al buque sino el último y agotadas todas sus fuerzas por el cansancio y el frío.

Entre nosotros está el pastor Weiss; tiene una gran herida en la cabeza y otra en el costado. Nos hemos salvado 28 pasajeros, 59 entre oficiales y marineros, únicos que contestan al oír sus nombres cuando se pasa lista. Cada uno de ellos ha sido testigo de terribles escenas.

En uno de los camarotes que con su abordaje ha destruido el *Lock Earn* estaban dos caballeros; uno de ellos ha debido perecer, el otro ha sido visto sobre cubierta con el cráneo roto y su cuerpo ensangrentado. Una señora americana que había dejado á su hijo en cama, ha sido precipitada al abismo yendo en busca de su tierno niño.... La pluma se resiste á describir los horrores de dicha catástrofe, y esto en una noche de calma y despejada.

El capitán inglés nos dijo éramos sus huéspedes, y que tanto el buque como la tripulación y provisiones, todo estaba á nuestra disposición. Dijo que estando su buque construido de hierro y los tableros forrados, se hallaba protegido contra las olas; que haría las reparaciones necesarias y nos conduciría á Europa, teniendo además abundancia de provisiones para muchas semanas, si fuesen necesarias.

Mientras esto decía el capitán, un bulto se aproxima á nosotros; es un buque americano, el *Treemountain*, mandado por el capitán William Urquhart, el cual se ofrece á recibirnos en su buque, y después de haber deliberado sobre el asunto, el capitán Surmont y los pasajeros se deciden á aceptar tan bondadosa oferta. Pero el pastor Weiss, que sufría mucho para ser trasbordado, y nuestro colega el rector Cook, se quedaron en el *Lock Earn*.

El triste estado en que todos estábamos para ser trasbordados, no es posible describirlo. Las pobres señoras, cubiertas solamente con mantas, las cuales debían dejar en el buque inglés, sufrían todo el rigor del frío y las sacudidas de las olas. Por fin, después de muchos padecimientos, llegamos al *Treemountain*; el capitán mandó que las señoras fuesen subidas en una butaca y las colocó en su camarote, dándolas los vestidos de su esposa y poniendo á nuestra disposición su buque y tripulación.

Hoy hace ocho días que estamos á bordo viviendo enteramente en familia. A las ocho, al mediodía y á las seis, comen las señoras: á las diez y á la cuatro, los caballeros. Siendo muy escaso el número de platos, tazas, cucharas, tenedores y cuchillos, cada convidado no tiene derecho mas que á dos piezas durante toda la comida. Y por esta causa, yo, en esta mañana, armado de una cuchara, he tomado mi sopa, mi carne, mis patatas y mi café en la misma taza.

Se nos distribuye diariamente el agua por ración, es el artículo que más economizamos. El pan no nos faltará, pues el cargamento consiste en harinas. Dos americanos de buen humor, los señores J. Bishop y Waite, revestidos del carácter

de camareros, se consagran al servicio de las señoras. A las ocho de la noche, reunidos en el camarote del capitán, leemos un capítulo de la Biblia, después de cuya lectura elevamos nuestras preces á Aquel que tan milagrosamente nos ha salvado, oración de acción de gracias y de súplicas.

Anteayer fuimos sorprendidos por una violenta tempestad; pero pronto volvió el buen tiempo: sopla el viento por detrás, y si Dios quiere, en la noche del lunes ya estaremos en las costas de Inglaterra.

¡Tierra! Nuestros corazones se agitan á tan mágica palabra; nos parece que el Océano lo ha invadido todo y que nunca llegaremos á puerto alguno.

¡Cuánta no debe ser vuestra ansia, oh seres queridos que nos esperáis con tanta impaciencia! Escritas estas líneas, recibimos la siguiente carta de nuestro amigo el pastor Weiss:

«Mi querido Fliedner: tú sabes que la *Ville du Havre* por culpa suya, se fué á pique á consecuencia de un choque con el *Lock Earn* en la noche del 21 al 22 de Noviembre, veinte minutos después de recibir el golpe fatal. Quedábamos todavía cinco delegados, últimos que volvían de New-York. Lorréaux, Cook y yo nadamos hasta llegar al *Lock Earn*, siendo salvados milagrosamente por la gracia de Dios. Pronier y Carrasco no aparecieron. El primero fué visto por Cook momentos antes de sumergirse el buque; ninguno recordaba haber visto á Carrasco en esta horrible noche; él y Pronier sufrían mucho á causa del mareo y estaban indispuestos ya desde el principio del viaje. Especialmente Carrasco casi siempre estaba en la cama, y raras veces lograba inducirle á que pasease conmigo sobre cubierta. Desgraciadamente él tenía su lecho junto al de Pronier en uno de los camarotes del centro del buque, y allí fué precisamente el choque. Yo me inclino á creer que, ó fué lesionado por el mismo choque, ó no pudo encontrar salida y se ahogó en su habitación.

Tú y esas congregaciones sentireis amargamente esta pérdida: ¡que Dios que está con vosotros le reemplace!

Yo me hallaba tan enfermo y herido, que quedé en el *Lock Earn* con Cook. Este buque estaba mucho menos seguro de lo que creíamos, y el 28 de Noviembre, después de una terrible tempestad que duró tres días, empezó á sumergirse también, cuando por la bondad de Dios otro buque de vela, el *British Queen*, llegó á tiempo de recoger todos los pasajeros. Yo estaba tan seguro de perecer, que me parece empezar ahora una vida nueva. ¡Ojalá que esta pertenezca más á Dios que la antigua!

La Alianza Evangélica de Londres ha enviado ya á la viuda de Carrasco una carta de pésame, y muchos cristianos de todos países simpatizan con ella, y oran tanto por la viuda, como por sus tres hijos.

Para los obreros de Dios, la desgracia que lamentamos es una grave amonestación para obrar con más celo en tanto que dura el día, y acordarse de la palabra del apóstol San Pablo: «Esto empero, digo, hermanos, que el tiempo es corto.»

## ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros suscritores de provincias se sirvan, con la urgencia posible, remitir á esta Administración el importe de sus suscripciones. Apelamos, al dirigirles este ruego, á su buena fé cristiana. Necesitamos del óbolo y del concurso de todos. Administración: Santa Isabel, 39, segundo derecha.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.